

A través del espejo

Breve historia de un libro

Hugo Hiriart

Para empezar por el principio, quiero agradecer que se haya discernido este premio en favor mío. Ibargüengoitia confesaba que cuando le notificaban por teléfono que había ganado un premio, bailaba, en el lugar y sin colgar el teléfono, una especie de danza apache. Debo declarar que el viernes pasado, cuando recibí la noticia, yo también emprendí con energía feliz mi zapateado. Y no voy a decir que la decisión de seleccionar mi trabajo fue errónea porque no vine a plantear controversias con nadie, y porque, según los clásicos, nada debe exagerarse, ni siquiera la modestia. Así que vaya mi gratitud sincera a todos ustedes, quienes tomaron la tan oportuna y emocionante elección de concederme este envidiado cuanto brillante premio. Gracias.

Quisiera contar la historia del libro reconocido, *El arte de perdurar*.

Y voy a dar comienzo conculcando el precepto de Quinto Horacio Flaco, el poeta romano, según el cual lo correcto es empezar una narración en *media res*, a la mitad del asunto, y no *ad ovo*, desde el huevo, es decir, de ninguna manera comenzar *La Ilíada* echándonos atrás hasta el huevo de cisne del que nació la incomparable Helena, en lugar de comenzar, como da inicio, con la cólera de Aquiles, diez años después de iniciada la guerra.

En mi caso, daré comienzo a mi historia del libro regresando indebidamente hasta el kínder (como le decimos a la escuela preprimaria), un kínder Montessori, donde estuve a los tres años de mi edad.

Ese día, el primero en la escuela, hallé a un niño regordete llorando y le dije: “no llores, ven a ver el conejo”. Ese niño fue desde entonces mi mejor amigo, mi compañero de banca, desde ese encuentro hasta la preparatoria de San Ildefonso, en el año de

1957. Se llama Manolo Estrada y, éste es el punto, es hijo de españoles exiliados en México por la espantosa Guerra Civil de 1936-1938. “Mi papá es coronel”, me dijo, y yo imaginé al militar tremebundo como un luchador turco, pero no, el coronel era delgado, elegante, tranquilo, irónico. En los largos años de convivencia con la familia Estrada, nació mi fascinación por España. Esta afición se agudizó. Españoles exiliados fueron mis novias, maestros de la universidad, médicos. Así que tuve la cabeza poblada de imagerías de la península.

Estos hechos explican que cuando en 1985 me otorgaron una beca Guggenheim, me entercara con mi mujer, que quería ir a Londres, en que, con el monto de la beca, fuéramos a pasar un año en España. Y allá me fui con mi mujer y mis dos hijos, el chico de apenas dos años. España no había entrado aún en la Unión Europea, y era ba-

rata. Nos alcanzó para un año, hoy en día nos daría quizá para dos meses.

Si no hubiera ido a España, no hubiera escrito *El arte de perdurar*. Sucedió que, estando allá, se organizó una visita de Estado de Miguel de la Madrid a España, y en parte de los festejos o *actos*, como extrañamente llaman los políticos a esas celebraciones, figuró un homenaje a Alfonso Reyes, que tantos años vivió en España en los veinte. Y como yo ya estaba allá, y se ahoraban el boleto, me invitaron a contribuir con una ponencia a esa ceremonia.

Acepté. Desde la adolescencia había ido leyendo a don Alfonso. Desde *El cazador*, primer trabajo del maestro que hallé y leí con alborozo estético, hasta *Junta de sombras*, cuyo ensayo *El sueño de Agatón* intenté filmar y dejé incabado por falta de fondos. La ponencia que redacté forma parte de la primera parte de *El arte de perdurar*.



La ponencia durmió el sueño de los justos, o de los injustos, según como se quiera ver.

Varios años después un concurso de ensayos, premiado con liberalidad, vino a despertar a esa princesita grotesca. Rebusqué la ponencia y la agrandé hasta el tamaño requerido en la convocatoria del bien premiado concurso. Acortar un trabajo es fácil, y siempre se debe hacer; agrandar un trabajo es difícil, y nunca se debe hacer. La gordura puede ser dañina a la salud estética del trabajo y en el mero excipiente con que rellenas acecha el tedio.

Para sortear estos escollos y evitar el naufragio, introduje, junto a Reyes, un segundo personaje, discípulo suyo en cierta medida, orfebre de brillantes miniaturas, elocuentísimo conversador de quien cada palabra merecía ser conservada, doctor Johnson del siglo XX, Jorge Luis Borges.

Y de lo que se trata el texto engrosado es de comparar a Reyes y Borges a la luz de las posibilidades de supervivencia o perduración de sus estilos, modos y alcances estéticos.

Este tema, el de la perduración literaria, pertenece a la interioridad de los artistas y se localiza en la zona privada de sus vidas. Toda persona tiene un yo social, que es lo que exhibimos ante los demás, que como social que es, se muestra educado, cortés, moral, tolerante, es decir, está bajo el gobierno de la conciencia; pero tenemos también un yo privado, que a nadie le comunicamos, pues es secreto y se manifiesta bestial, salvaje, amoroso, intolerante como un fanático, y nadie lo gobierna.

No gané en el concurso ni siquiera mención y el texto crecido quedó más sumido en sueño que la Bella Durmiente. Años después, mi amigo el inquieto Martín Solares publicó un volumen con dos piezas más de teatro en la editorial oaxaqueña Almadía, de la que es director literario, y andaba con ganas de publicar alguna otra cosa mía. Yo rebuscaba entre mis manuscritos inéditos y vacilaba, hasta que mi mujer delató que había escrito un librito sobre Reyes que tenía por ahí sepultado. Yo no quería dar a luz el viejo manuscrito. Guita, mi mujer, insistió. Martín dijo: “déjame verlo”. Se lo entregué, a él le gustó y editó el libro con su energía habitual. Inesperadamente, el libro gustó. Como tantas veces, pero no todas, mi mujer había tenido razón.

Ésa es muy grosso modo la historia del libro.

A todo escritor le da vergüenza confesar que le tiene envidia a otro escritor, sobre todo si es contemporáneo suyo, y jamás va a divulgar el pecaminoso sentimiento clandestino. Tampoco va a revelar su ansiosísimo y desesperado anhelo de fama y gloria literaria.

Pero es cierto y averiguado que todo escritor, para sus adentros, en su yo privado, acaricia con toda su alma la gloria literaria y su desvelo casi entero se concentra en alcanzarla. Pero, cosa rara, si lo interrogas al respecto, te va a decir con toda certeza que no, que a él eso lo tiene sin cuidado, que desprecia a la diosa perra de la fama, según la expresión de Henry James... La gloria literaria es la perduración, es decir que tus trabajos sobrevivan buscados, vigentes co-

mo muestra de obras de algún modo (de los muchos modos que hay) magistrales. La fama, que suele acompañar la gloria es, *prima facie*, transitoria, inestable, y, en segundo lugar, depende, deriva de la perduración.

El libro trata de hallar ciertas características de la gloria literaria explorando las causas de un hecho literario: ¿por qué Borges sí ha alcanzado la gloria y Reyes, gran escritor él también, es casi desconocido, sobre todo en el exterior, y su estrella parece irse apagando poco a poco?

Esto puedo decir *un nuce* de este buceo en el universo inconfesable y secreto de las ambiciones, y por tanto, las envidias literarias. Esto es lo que hace del mundillo literario una olla de grillos y un infierno de bolsillo.

Quiero hacer una última confesión. Las cosas que más me complacen, después de la de estar sin hacer nada que, lo confieso, es la que más me gusta, son leer y escribir. Leer mucho más que escribir: si se me conminara a elegir entre sólo leer y sólo escribir, optaría sin ninguna duda por leer. He hecho mía la heroica decisión de Erasmo de Rotterdam: *si tengo dinero, compro un libro, si me sobra, compro pan*. Mi vida se ha desenvuelto alrededor del alimenticio modo de fuga que es la lectura, única adicción que no sólo no se combate, sino se promueve y halaga.

“Que otros presuman de lo que escriben, dice Borges, yo me enorgullezco de lo que he leído”. **U**

Palabras del autor al recibir el Premio Mazatlán de Literatura 2011 por su libro *El arte de perdurar*.

